

EL CORREO DE ASTURIAS

SEMANARIO POLÍTICO Y LITERARIO

DEDICADO A LOS ASTURIANOS RESIDENTES EN CUBA

DIRECTOR: JOSÉ G. AGUIRRE

IMPRESIONES DE UN VIAJE

Habana 17 de Febrero de 1895. Año III. Nº 29. Pág. 2 y 3

De Oviedo á Noreña.-La villa Condal



DESPUÉS de, una ligera visita de, inspección á todo lo más importante de la capital del Principado, precisaba, si habíamos de guardar riguroso orden según su categoría, ceder el segundo puesto á la industrial y comercial villa de Gijón, que si bien en monumentos no compite con la antigua Ciudad, la supera con mucho en ese movimiento de la industria y del comercio, que constituye hoy la vida y el porvenir de los pueblos modernos.

Pero antes de continuar nuestra visita de observación fue preciso, porque así era natural, volver á la casa materna y consagrar algunos días al cariño y á las atenciones: de la octogenaria madre y demás familiares que ansiaban, como nosotros, siquiera un día de familiar reunión en celebración del feliz arribo del hijo errante: y retornando al pueblo, dimos ahí satisfacción á ese deseo de todos, volviendo á emprender á los pocos días la jornada de observación; porque, arreglados satisfactoriamente, los asuntos de familia que nos habían obligado á emprender viaje hacia el pueblo natal, nos, debíamos también á los asiduos lectores de nuestro modesto semanario, siquiera fuese para contarles, á nuestro regreso, algo de los adelantos de aquella idolatrada Asturias.

Eran las diez de la mañana del día 14 del mes de Agosto, cuando tomábamos asiento en un wagón de 1ª del ferrocarril económico que une á Infiesto y á algunas otras poblaciones intermedias con la capital de la provincia; nos dirigíamos á la antigua villa condal de Noreña donde nos esperaba un compañero de la infancia, á quien habíamos ofrecido por carta una, visita. Cuando el silbido de la locomotora anunció el momento de la partida, sentimos de nuevo en nuestra alma un estado tal de impresionabilidad, que casi volvimos á los momentos de angustia y zozobra de aquel día en que salimos de Avilés con rumbo al pueblo, ansiosos de caer entre los brazos de nuestra octogenaria madre, íbamos á visitar, después de veinte años de ausencia, á Noreña, La Carrera y la Pola de Siero, lugares de feliz recordación para nosotros, porque ellos fueron testigos también de algunas de nuestras travesuras estudiantiles; y de allí como de ellas, habíamos llevado recuerdos gratos del cariño de sus sencillos moradores. Antes, cuando aprovechando las vacaciones del Seminario emprendíamos viaje hacia La Carrera para pasarnos allí en compañía de nuestro tío Esteban, párroco de aquella hermosa aldea, hacíamos el viaje á pié y á pata como dicen por allá, por la carretera de La Barrera, porque si bien había línea de diligencias entre Oviedo y el Berrón no nos permitía nuestra situación estudiantil tirarnos el lujo de viajar en coche; pero hoy las cosas habían cambiado, y

era preciso hacer el recorrido en ferrocarril porque no podríamos resistir á pié aquella jornada de dos leguas, y porque (seamos francos), no estaba en el buen parecer, que quien vuelve de América después de cuatro lustros y hecho todo un periodista (casi por necesidad), escatimase los pocos céntimos que cuesta su corto recorrido.

Púsose por fin en marcha la locomora arrastrando tras sí el humano convoy, y nosotros ansiosos de contemplar de cerca y saludar aquellos lugares que aún considerábamos grabados en nuestra mente, fuimos esparciendo nuestra vista por los hermosos prados y huertas de Santullano, saludando desde lejos á Cerdeño y dejando á San Pedrín de Ventanielles allá á la izquierda, luciendo su hermosa capillita rodeada de árboles, así como diciéndonos que aún se le festeja una vez al año, trasladándose allí toda la juventud alegre de la ciudad y pueblos comarcanos.

La primera estación en que hace el tren una parada de dos minutos es la de Santa Eulalia de Colloto, á poco más de media legua de Oviedo. No es posible que desde la portezuela de un wagón de ferrocarril y en solo dos minutos, se de nadie cuenta exacta de los progresos de un pueblo por modesto que éste sea, pero en corto espacio de tiempo pudimos observar que Colloto cuenta hoy con algunos edificios modernos que no tenía allá por el año 74 y 75, y que el sólo hecho de contar con una estación de ferrocarril, revela cierta importancia que le distingue de lo común de las aldeas de Asturias,

A medida que el tren avanzaba, iba también aumentando nuestra impresión, porque aquellos lugares no nos eran desconocidos pues ellos traían á nuestra imaginación recuerdos gratos del pasado, que contrastaban quizá con las amarguras del presente; y así como respondiendo al cariñoso saludo de las frescas brisas de aquella hermosa campiña, fueron nuestros labios balbuceando los nombres de los pueblos que descubría nuestra vista. Allá sobre la derecha, fuimos dejando á Tiñana, colocada en una estribación, por sobre cuyo arbolado se distinguían también los montes de La Paranza; abajo en la falda del monte, y escondido entre el follage de los castaños, robles y álamos, el santuario de la Virgen de la Cabeza, perteneciente á San Juan del Obispo; más arriba y á corta distancia la una de la otra y reclinadas sobre las faldas del monte de Caballeros, Santa Marina y Hevia, y sobre la izquierda, Granda y San Miguel de La Barrera con su iglesia en lo alto de un cerro escarpado, que más parece un fortín de avanzada que un templo destinado al culto.

Desde Colloto al Berrón solo hace el tren una parada

de un minuto en el apeadero del palacio de Meres, antiquísimo edificio que conserva aún toda la severidad de los castillos feudales de la Edad Media.

Extasiados en la contemplación del hermoso paisaje que nos ofrecían las cumbres de Nora y Hevia, apenas nos dimos cuenta de que estábamos llegando á la estación hasta que oímos la campanuda voz de: *Estación de Noreña, señores pasajeros para Langreo; cambio de tren...* y en el mismo momento en que nosotros, maleta en mano, nos disponíamos á abandonar el wagón, se apareció delante de nosotros el querido amigo Justo Rodríguez, que también deseaba damos el fuerte abrazo de bienvenida.

Es indudable que después de los afectos de familia, ninguno se conserva tanto como el de las primeras amistades de la infancia; y Justo y nosotros, habíamos sido camaradas durante los tres años de de latín en la cátedra de la Pola y bastará decir que, travieso él, y quizá más nosotros, fuimos durante todo ese tiempo compañeros y amigos hasta el extremo de guardar el fiel recuerdo á través de tantos años de separación. Por eso, que, aun en medio de la numerosa concurrencia de viajeros, nos dimos uno, dos, tres y hasta una docena de abrazos apretados hasta el punto de hacemos recordar el Simón y el Cleto de *La Gallina Ciega*.

Aquella estación se dice así como por sarcasmo Estación de Noreña, cuando en realidad no está ni siquiera en terrenos de ese concejo. De tal anomalía llamamos la atención al amigo Justo, á quien sus indiscutibles méritos personales, talento y cultura habían elevado al cargo de primer magistrado de la condal villa, y con verdadero sentimiento nos manifestó la injusticia que había cometido la empresa de los ferrocarriles económicos desviando la línea de su primer trazado que tocaba en la misma población, y que así como por burla se le daba á aquella estación el nombre de Noreña, siendo su legítimo nombre el de El Berrón.

La distancia que separa á este crucero de los dos ferrocarriles, el de Infiesto y el de Langreo, de Noreña, apenas llega á un cuarto de legua, y entretenidos en animada conversación, emprendimos la marcha á pié por la antigua carretera carbonera, Nosotros conocíamos aun todos aquellos lugares; ellos hacían que se agolpasen en nuestra memoria recuerdos del ayer, gratos unos y torturadores otros, porque faltaba ya allí lo que había constituido para nosotros una sombra bienhechora. Pero eso, cuando llegamos á dominar el palacio de la Mariscala de Acebedo, y pudimos distinguir, más allá, escondida entre los árboles la casa rectoral de La Carrera, honda pena, amargo pesar embargó nuestro sensible corazón. Allí habíamos encontrado sombra paterna cuando la parca impía arrebató á nuestro buen padre, hermano de aquel buen sacerdote que por espacio de treinta años desempeñó en propiedad aquel curato; hoy todo había acabado; durante nuestra ausencia pagó también el buen tío Esteban su tributo a la tierra, y aquella casa que parecía querer también saludarnos, sólo era para nosotros un recuerdo: de buena gana hubiéramos

emprendido la carrera, atravesando el *Payarón* hasta llegar á la puerta. y hubiéramos entrado y recorrido una por una sus habitaciones, y hubiéramos ido á la huerta y trepado como antes las higueras y los ciruelos; pero ¡ay! aquellos tiempos pasaron y no nos han dejado siquiera el consuelo de recordarles, compartiendo el afecto y el cariño de las cosas y las personas de entonces; porque estas habían desaparecido del seno de los vivos, y aquellas pertenecían ya á otro dueño. Aquella casa y aquella huerta y aquellos árboles, estaban en poder del párroco sucesor de nuestro buen tío; ya nada teníamos que buscar allí; sólo nos era permitido, y eso porque el dominio del hombre no pudo aun contener las facultades del alma, recordarlas, como una vaga sombra del pasado.

Abstraídos en estas meditaciones que seguramente comprendió nuestro antiguo camarada, llegamos á la condal villa de Noreña, famosa por su industria zapatera.. Noreña es hoy poco más de lo que era hace veinte y cinco años, cuando nosotros la hemos conocido: conserva aún en todo su esplendor la industria de la zapatería y ha dado vida á otra más provechosa si cabe que aquélla, la de embutidos y salazones. Para demostrar la importancia de esta industria, bastará consignar que durante el año económico de 1893 á 1894 se han beneficiado en Noreña más de *catorce mil cerdos*.

Allí cada casa es una fábrica de zapatos ó de embutidos; puede asegurarse que Asturias no tiene un pueblo más laborioso que el de Noreña; allí trabajan los hombres, las mujeres y los niños; no hay un mercado en Asturias donde no vaya la zapatera y la chorizera de Noreña. El hombre no sale del pueblo ni de su casa más que los domingos á tomar sidra al Berrón ó Rebalde; durante los días y las noches de la semana machaca suela y maneja la lezna del zapatero ó dirige el mecanismo de los embutidos y salazones; por eso es que allí todos viven modesta pero decentemente.

La principal fábrica de embutidos y conservas es la del amigo Justo, «La Antigua Luz de Avilés», que fué trasladada á Noreña con motivo del casamiento de dicho amigo con su propietaria, una distinguida avilesina que nos colmó de atenciones durante nuestra estancia en la condal villa. Los ricos productos de «La Luz» gozan de merecido crédito en esta Isla, en las Repúblicas Sud Americanas, y sobre todo en Inglaterra, para donde se exportan la mayor parte.

En cuanto á mejoras urbanas ha sufrido algunas de consideración. Desapareció el antiguo *rollo* que estaba en la plazoleta de la Cruz, y en su lugar se puso otro, que sino es histórico, por lo menos es una obra de arte. La plaza de la villa que antes estaba á china limpia, es hoy un hermoso jardín con su glorieta en el centro, y aquella capilla del Hospital que entonces amenazaba ruina, ha sido reedificada, y presenta hoy el aspecto de un templo moderno, pero conservando el sello característico de su arquitectura.

**Camino de Gijón.-La Estación de Noreña. Del Barón a San Pedro.-
El Plano incinado.-La. Estación de la Florida -De Florida á Gijón.**

El Lóndres de Asturias



las siete y media de la mañana del día 15 de agosto abandonábamos, quizá para Siempre, aquella antigua é industriosa Noreña en la que acabábamos de recordar los alegres días de nuestra infancia. Si pesadumbre y congoja habíamos sentido al llegar allí y saludar, después de casi cuatro lustras de ausencia, aquellos lugares que guardaban recuerdos de nuestras travesuras, congoja y pesadumbre sentíamos también al despedimos en silencio de ellos, porque preveíamos que, lanzados después al borrascoso mar de la emigración, podía suceder que jamás volviesen nuestros ojos á contemplar de cerca aquellos prados que nos enviaban envuelto en amorosas brisas el triste adiós de despedida.

Acompañados del amigo Justo salimos del radio de la población; atravesamos las portillas y llegamos al pie de la colina del Berrón que allá en nuestros tiempos fue casi el Somorrostro de noreñanes y polesos; y cuando desde allí volvimos la cara atrás y otra vez recorrimos con la vista aquel *payarón*, al que domina como castillo feudal el palacio de Miraflores, aquella casa rectoral cuyas paredes se dejaban ver por entre el follage de los robles y aquella elevada torre, que desde lo más alto de la colina donde se asienta la villa Condal, anuncia a los habitantes de la comarca la no interrumpida marcha del reloj de la vida, detrás de la cual se destaca como sombra del pasado la secular residencia de D. Menendo, y pudimos distinguir allá sobre la derecha, casi á nuestra espalda, la iglesia parroquial de la Carrera. que nos mostraba el mismo campanario a donde tantas veces habíamos subido y las mismas campanas que tantas veces habíamos repicado, cayó sobre nuestro corazón como pesada losa todo el recuerdo de un pasado feliz, al que sucedieron las amarguras de la ausencia, que jamás deja de atormentarnos con los recuerdos de lo que fué; y como si quisiera nuestra alma escaparse de la estrecha red de este organismo mortal, lanzamos al viento hondos y sentidos suspiros que llevaban envueltos en sí un cariñoso adiós, igual al que puede exhalar un corazón enamorado que se despidió del teatro de sus amorosas aventuras.

Nadie interrumpía aquellos momentos de profunda y melancólica meditación: el amigo y compañero Justo, comprendiendo sin duda nuestro estado de ánimo, había suspendido la familiar conversación; el *rapaz* que cargaba con la modesta maleta, obedeciendo las órdenes que se le habían dado, seguía tranquilo carretera arriba, y en todo aquel contorno no se oía otro ruido que el del piar de los pajarillos que se arrullaban entre el ramaje de los árboles y el canto lejano de una alegre aldeana que segaba a la orilla del murmurador arroyo; todo lo demás acusaba silencio sepulcral, el silencio monótono pero embriagador de los campos de Asturias, más a propósito par buscar en él inspiraciones al amor y al arte, que para exigirle esos ambientes que hoy se aspiran en esos pueblos europeos do se confunde el moderno progreso con la más desenfundada corrupción.

Cuando entramos en la estación ya se aglomeraba allí un inmenso gentío que esperaba la llegada del tren descendente de Laviana y el de la vía estrecha de Infiesto á Oviedo. Era aquel día el primero de las fiestas de Begoña en Gijón, que se iniciaban con una gran corrida de toros; y la juventud alegre de todos aquellos contornos quería trasladarse á la Villa de jovellanos para tomar participación en ellas. Cuando casi simultáneamente los silbidos de los dos trenes anunciaron su proximidad, la agitación fue creciendo de punto, preparándose todos para asaltar los wagones destinados al pasaje.

Entró primero en su chucho el de Langreo y dos minutos después cruzaba sus paralelas el otro que traía numeroso pasaje de las villas y pueblos de Infiesto, Nava y Siero, á tal extremo que el Jefe de estación se vio precisado a agregar al convoy todos los carros disponibles.

A las ocho y diez minutos púsose en movimiento aquel dragón, deslizándose suavemente por sobre las dos líneas de hierro que le servían de base; casi al mismo tiempo también, la alegre juventud de la aldea que se permitía aquel día el lujo de ir á las fiestas de *Xixón*, prorrumpió en alegre canto, alternando casi confusamente «soberanas» y «giralduillas». Aquello más se parecía á una romería andando, que á un tren de pasajeros. Todos allí iban contentos; hasta en los coches de primera, en donde se había acomodado la gen te de posición, se sucedían los gritos á las bromas: los más hablaban de la calidad de los toros que

se lidiarian aquella tarde y de la fama de la cuadrilla; otros se manifestaban más entusiastas por el juego de pelota que habría aquel mismo día horas antes que la corrida; en conjunto, todos se ocupaban de las fiestas profanas, ni á uno solo hemos oído decir que pensaba siquiera rezar una Salve á la Virgen de Begoña. Y en medio de aquella muchedumbre que veloz corría á entregarse en brazos del placer, nosotros arrinconados en una lujosa camareta de primera, íbamos luchando entre la alegría y el dolor, entre el placer que se experimenta cuando se va á caer en brazos de verdaderos amigos, y pensando al mismo tiempo en la distancia que le separa de los pedazos de su corazón que lloran en remotas tierras la ausencia de la sombra tutelar: reíamos y nos alegrábamos a medida que se solazaban aquellos comprovincianos nuestros que habían desterrado por aquel día todas las penas. ¡Ah! los que no han abandonado jamás la tierra patria, no saben lo que son dolores; ellos los sufren, si, también, porque en este misero valle de lágrimas, el dolor es inherente á la vida; pero los que no emigraron, los que no dejaron de oír el murmullo de los arroyos de la aldea natal y el alegre canto de los alegres pajarillas que en las mañanas primaverales entonan en la arboleda de la huerta sus tiernos cánticos de dulce y puro amor, los que no han dado su adiós á las costas que cariñoso besa unas veces y furioso azota otras, el proceloso mar, esos no saben, nó, lo que atormenta y lo que tortura el dolor de la nostalgia.

Dispuestos, pues, á no dejarnos dominar por esa melancolía en que nos sumía el recuerdo de los que nos decían adios y de los que nos esperaban, sacudimos el fardo de la pesadumbre y extendimos nuestra vista por aquella hermosa campiña.

A medida que el humano convoy avanzaba íbamos contemplando aquellos lugares que tanto conocíamos: allá sobre la izquierda quedaba Noreña asentada sobre pequeña colina así como reina de aquellas llanuras que se extienden á sus pies; más allá escondida entre espeso bosque la capilla del Ecce Homo, renombrado santuario que constituye un blasón para los noreñanes; más adelante, sobre la derecha, el palacio de Agüera, en San Martín de Anes, hermosa posesión señorial que ya envidiarían para sí algunos sultanes, porque en ella todo acusa un refinado gusto y un lujo casi asiático, al extremo que para que nada le falte por entre sus huertas y jardines, atraviesa ese monstruo del moderno progreso que se llama locomotora. Cuando se deja atrás a Agüera se entra ya en las bifurcaciones de San Pedro, al que se llega atravesando un pequeño túnel.

El paradero de San Pedro es donde comienza el famoso plano inclinado que acaba abajo, en la Florida; es indudable que ese plano es una obra de gran importancia, pero también lo es que podía haberse prescindido de él dando á la línea otra dirección; trabajo, que según se nos ha informado, se piensa hacer ahora, porque se comprende que marea con exceso y es bastante peligroso aquel descenso de más de doscientos metros por una pendiente demasiado repentina.

Si hermoso es el apeadero de San Pedro, colocado arriba entre las escabrosidades de los montes, no lo es menos el de Florida, que parece escondido allá en las entrañas de la tierra para defenderse de los ahuracanados vientos y hasta de los rayos solares; por eso que los treinta minutos que se emplean en la operación de bajar el convoy de San Pedro á la Florida, y subir el de la Florida á San Pedro, resultan distraídos, y, tratándose de un tren de excursión, como aquel en que íbamos, divertido.

Cuando la locomotora que nos esperaba abajo anuncio la partida, hicimos un esfuerzo por salir de nuestro estado de pesadumbre; íbamos aproximándonos a la primera villa de Asturias, íbamos á caer en brazos de amigos queridos; por eso que apenas nos dimos cuenta de la parada que hizo el tren en Pinzales; solo deseábamos ver la campiña de Gijón, anhelábamos contemplar las cien chimeneas de sus fábricas y los palos y vergas de los buques surtos en puerto; cuando al trazar el tren una curva descubrimos á un cuarto de legua de distancia, las altas torres de las fábricas del Nataboyo, despidiendo penachos de negro humo, y allá, más allá, las banderolas de más de cien buques surtas en la dársena, una loca pasión se apoderó de nuestra alma y desde el fondo del pecho se nos escapó un ¡hurra! por el Londres de Asturias.

Ya estábamos pues en Gijón. Ante la estación de Langreo, el segundo ferrocarril de España por antigüedad, se agolpaba un inmenso gentío; y cuando comenzaron aquellos catorce wagones á vomitar gente, la confusión aumentó al extremo de convertirse en una Babilonia.

Salimos de aquella camareta de ocho asientos después que lo habían hecho ya nuestros compañeros de viaje, y cuando apenas habíamos puesto el pié en tierra vimos que corría hacia nosotros un amigo querido de toda la vida, el Doctor Prendes, entre cuyos brazos caímos dando rienda suelta al placer que se experimenta en medio de la atmósfera de una pura amistad.